



Pregón de la Semana Santa

Cartagena 2005

RAFAEL RUIZ MANTECA

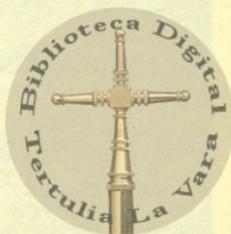


Rafael Ruiz Manteca

Pregón de la Semana Santa

Cartagena, 2005

Publicación patrocinada por la
Caja de Ahorros del Mediterráneo



© D. Rafael Ruiz Manteca

Ilustraciones:

Ángel Joaquín García Bravo

Editan:

Excmo. Ayuntamiento de Cartagena
Caja de Ahorros del Mediterráneo

Imprime:

Gráficas F. Gómez, s.l. - Cartagena

Dep. Legal:

MU - 578 - 2005







Pregón de la Semana Santa de Cartagena
pronunciado por D. Rafael Ruiz Manteca
el Viernes de Dolores, día 18 de Marzo de 2005,
festividad de la Patrona de la Ciudad,
en el Nuevo Teatro Circo.



*A mi mujer y a mis hijos, que me toleran gustosos
mi desmedida afición por Cartagena.*

*A mis padres, que me transmitieron un cariño
muy grande por Cartagena y sus procesiones.*

*A los procesionistas cartageneros, entre quienes
decididamente me encuentro cómodo y a gusto.*



Ilma. Sra. Alcaldesa.

Sra. Nazarena Mayor de la Semana Santa de 2005.

**Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis
y Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa.**

Ilmos. Sres. Hermanos Mayores de estas mismas Cofradías.

Excmas. e Ilmas. Autoridades civiles y militares.

Procesionistas y Cartagenos todos:

Quiero comenzar agradeciendo públicamente a los componentes de la Junta de Cofradías el inmenso honor y distinción que me han hecho al decidir que el que les habla sea el pregonero de la Semana Santa de este año. Si uno se detiene a pensar en la importancia de la Semana Santa para Cartagena, y observa también la indudable categoría de los pregoneros que desde hace años me han precedido, es fácil concluir que ese honor y esa distinción comportan también, precisamente por lo dicho, una enorme responsabilidad. Seguir la estela de ilustres personalidades en los distintos campos de la literatura, la política, el periodismo, la Iglesia, la milicia, el derecho, etc., etc., es tarea difícil. A ella me apresto con las únicas armas que pueden valerme en tan singular combate, cuales son las de un cariño inmenso por Cartagena y por su Semana Santa, que sin duda ha marcado de manera indeleble lo que soy, y, a estas alturas de mi vida, lo que ya no voy a ser.



Pero si esta tarea que se me ha encomendado tiene un lado digamos, inquietante, precisamente por esa responsabilidad de la que hablaba, tiene también para mí una vertiente mucho más placentera y agradable, pues se trata de hablarles de algo que quiero y conozco bien, hasta el extremo de que esta perspectiva anula, hasta casi hacerla desaparecer, la faceta que el encargo pudiera tener de gravamen o carga.

Además, hoy es Viernes de Dolores, y el auditorio al que me dirijo está constituido en casi su completa totalidad por procesionistas que sienten y piensan como yo. Procesionistas que hoy están sustancialmente contentos y felices: ahí es nada, la Semana Santa ha llegado y está toda ella por delante, a excepción, es cierto, del Vía Crucis del Cristo del Socorro, que ya ha tenido lugar, y al que todos acudimos porque es el pistoletazo de salida en el que nos cercioramos de que es verdad, que ya está aquí, que oiremos un año más el tañido del tambor, con ese ritmo cadencioso que conocemos tan bien, y que nos gusta oír un año y otro, porque parece que acompasa nuestro quehacer, siquiera sea por estos días.

Entonces, qué temor?, qué sombra?, qué duda? La Semana Santa por delante, y el auditorio predispuesto y amigo. Pues adelante, vamos a hablar de lo que nos gusta.

EL VIERNES DE DOLORES

Decía que el Viernes de Dolores es algo especial para un cartagenero. Desde luego no discuto que en el calendario existan para los cartageneros otras fechas importantes, pero lo serán siempre a título individual. Sin embargo, fecha que recoja y exprese el





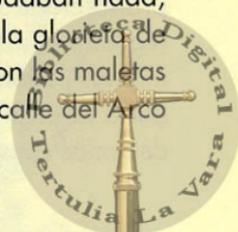
sentimiento de colectividad, ninguna como ésta, y la razón de ello no es la pertenencia del cartagenero a grupo social alguno, ni siquiera posiblemente el hecho de serlo, con ser éste el día cartagenero por excelencia. El motivo viene dado por nuestra filiación de María, que se reconoce igualmente en todos los que habitamos esta bendita tierra. Nos sentimos hijos de la Virgen de la Caridad, a la que queremos con pasión, y en ello radica la especialidad del día. No voy a negar que este día está situado en el calendario estratégicamente, como pórtico de la Semana Santa, algo que, como decía, ilusiona y alegra, pero ello no quita un ápice a la anterior consideración.

Mi primer recuerdo en este pregón tiene que ser para Ella, a la que acudimos los cartageneros durante todo el año en súplica de favores y en agradecimiento por su concesión, y a quien consideramos nuestra muy querida Madre. España es sin duda tierra muy mariana, y los cartageneros no podíamos ser menos a la hora de mantener con la Virgen de la Caridad una relación materno filial verdaderamente admirable, que tiene su eclosión cada año en este día, en el que Cartagena entera se vuelca en su presencia. Ella conoce como nadie nuestras inclinaciones y preocupaciones, y sabe perfectamente que entre ellas ocupan un lugar muy destacado las procesiones; que las procesiones son una parte muy importante de la vida de la ciudad y de la de cada uno de los que aquí vivimos; que después de una Semana Santa los cartageneros nos encontramos especialmente satisfechos del deber cumplido, tanto por haber echado a la calle un año más nuestras queridas procesiones, como por haber proporcionado unos momentos de alegría a quienes, debiendo regresar a sus lugares de residencia, son copartícipes de nuestras mismas ilusiones y sentimientos. Me estoy refiriendo, como todos sin duda habrán advertido, a los cartageneros ausentes, a los que debemos compensar por el sufrimiento que comporta la distancia.



Pero el Viernes de Dolores es también día de procesiones. Ya comentaba antes que el Cristo del Socorro, nuestro entrañable Cristo Moreno, recorre su vía crucis acompañado de la Virgen de la Soledad del Consuelo. A mí me emociona subir por esas calles que durante siglos conformaron la esencia de la trama urbana de Cartagena y pensar que otros muchos cartageneros lo han hecho también, esta misma noche, desde hace tantísimo tiempo. Me causa alegría y satisfacción comprobar que año a año somos más quienes robamos al sueño unas horas para acompañar a Cristo en el vía crucis o simplemente para contemplar su paso. Y me consuela saber que El sigue estando ahí, un año y otro, es decir, siempre, para ofrecerse por nosotros y erigirse en nuestro apoyo.

Quiero hacer una confidencia. Yo tengo el sentimiento de que si dejo de ver alguna procesión, esa Semana Santa queda imperfecta, de alguna manera adulterada. Pero el adúltero soy yo, que quede claro, que le soy infiel a algo que quiero mucho. Bueno, pues ese sentimiento no es de ahora, lo he tenido siempre, y por eso he procurado, y he conseguido, estar presente en esta procesión del Cristo Moreno siempre que he estado destinado fuera de Cartagena. Desde luego, se trata de la procesión que, por motivos obvios, más problema presenta a los cartageneros ausentes, máxime hace treinta años, cuando la procesión salía unas cuantas horas antes que en la actualidad, para estar a la medianoche en la Iglesia de la Caridad y que se celebrase una misa a esa primera hora del día de la Patrona. Para colmo, las infames carreteras no ayudaban nada, pero era gratificante llegar de viaje directamente a la glorieta de San Francisco, aparcar el coche en cualquier sitio, con las maletas todavía dentro, y pillar la procesión entrando en la calle del Arco de la Caridad.



NUESTRA VIDA DURANTE LA SEMANA SANTA

Hoy es Viernes de Dolores y a partir de hoy nuestra vida, la vida de los cartageneros se desacopla, se disloca. Nos echamos literalmente a la calle, y el centro histórico adquiere para todos nosotros un colorido especial y supone una atracción irresistible. No nos importa pasar una y otra vez por las mismas calles, como cerciorándonos de que todo está preparado, que nada perturbará el normal desarrollo del desfile. Además son días particularmente propicios para disfrutar la ciudad. El Ayuntamiento nos la suele tener especialmente vistosa y arreglada, y el bullicio inunda las calles, por lo que resulta atractivo el paseo, sobre todo ese paseo que se interrumpe continuamente a causa del encuentro con amigos y conocidos, paseo tan agradable y tan nuestro, que hoy lamentablemente se va perdiendo.

Yo personalmente, comienzo todos y cada uno de estos días mirando al cielo, acción que repito sistemáticamente un buen número de veces a lo largo del día. Desde luego, las cada vez más atinadas previsiones meteorológicas no me han hecho perder esta costumbre, que seguramente conservo ante la subconsciente certeza de que lo que está en manos de Dios, sólo de su voluntad depende.

¿Qué se puede hacer en Semana Santa? Desde luego reconozco la torpeza que supone ofrecer a estas alturas una respuesta a quienes son veteranos procesionistas, cartageneros de toda la vida, pues esa es una pregunta para la que ellos tienen contestación sobrada. Pero aún a pesar de la osadía por mi parte, no me resisto a adelantar unas propuestas, que someto al tamiz de quienes en estas cosas saben mucho más que yo. Hay que levantarse temprano, pero con moderación, y digo que hay que levantarse temprano pues las mañanas de primavera en esta tierra no se pueden desaprovechar.



es preciso oler las fragancias salitrosas que proceden del mar, y los aromas inconfundibles de claveles, rosas y geranios que inundan la ciudad. Desde luego, en estos días de Semana Santa, la ciudad tiene un colorido y un olor especiales, inconfundibles, algo que seguramente todos habréis advertido. Y tras comprobar que a pesar del gentío que hubo anoche, todo está otra vez arreglado y limpio para acoger una nueva procesión, hay que ir acercándose por Santa María, o por la Cofradía, que tanto monta, dispuestos a entrar en alguno de los numerosos corrillos que se forman y en los que se habla de procesiones o de cualquier actividad ciudadana. Posiblemente no sea fácil llegar a nuestro destino, pues los parones por la calle serán continuos, pero eso es igual, pues en definitiva los temas de conversación son los mismos, y las personas con las que uno se topa también se encuentran predispuestas a hablar de lo mismo, y han salido a la calle buscando lo mismo.

Desde luego, resulta especialmente agradable tener invitados durante estos días. El afán del cartagenero por enseñar lo que la ciudad ofrece, que es algo innato en todos nosotros, en esta época adquiere una dimensión notable, pues Cartagena en Semana Santa tiene mucho que mostrar, y se encuentra especialmente bonita y deslumbrante. En honor a la verdad tengo que decir que en los últimos años mucho se ha ido ganando en este sentido, y en ninguna época del año Cartagena es, afortunadamente, la ciudad desangelada, mal cuidada y de futuro incierto que hasta hace poco nos preocupaba y quitaba el sueño. Pero en Semana Santa Cartagena gana mucho, y eso lo sabemos nosotros. Por eso se hace necesario llevar a nuestros invitados a pasar la mañana a alguna de nuestras playas, a recorrer las diputaciones o barrios, para que vean cómo han nacido, o simplemente acompañarles en cualquiera de las rutas turísticas admirablemente diseñadas por Cartagena Puerto de Culturas, con



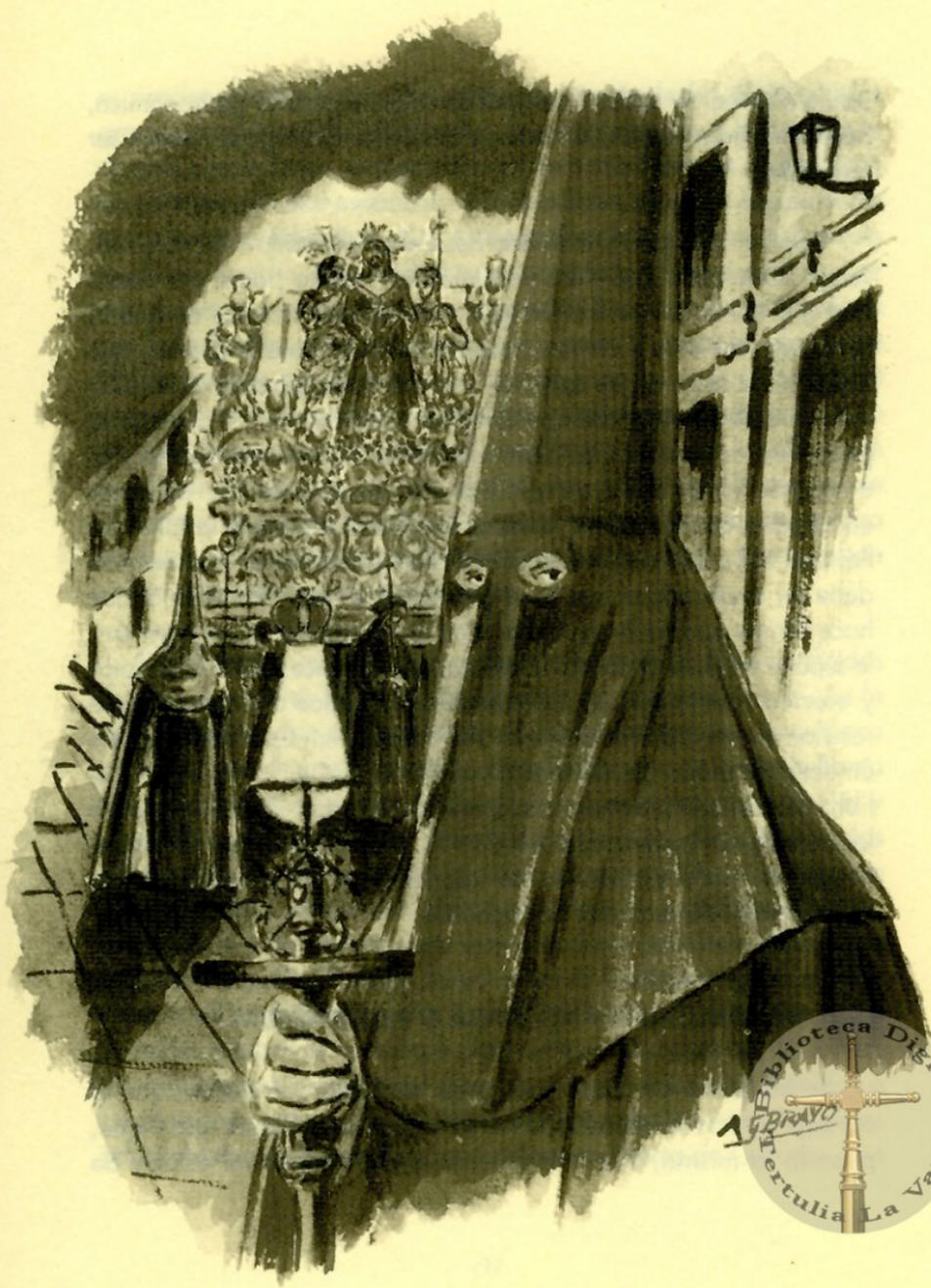
salida a la mar incluida. Y siempre con alguna parada gastronómica, pues también en cosas del comer y del beber Cartagena merece ser conocida.

Y por la tarde toda la actividad debe estar orientada a la procesión. Tengo observado que a los visitantes les fascina pasar por Santa María y apreciar ese maremagnum de últimos detalles en que la iglesia se convierte. Y como a nosotros también, pues lo que hay que hacer es llevarlos a que aprecien y se admiren, pues así tanto ellos como nosotros obtendremos cumplida satisfacción. Y durante la procesión, la cosa variará dependiendo de si podemos acompañar a nuestros huéspedes a verla, o si al salir nosotros en ella, debemos encargar a cualquiera de nuestros familiares o amigos la tarea de llevar a cabo ese acompañamiento. Sea como fuere, la procesión debe ser explicada al que la ve por primera vez, y también al que hace tiempo que no la ve, lo que lejos de incomodar al cartagenero, le supone un gusto añadido. En efecto, nos satisface relatar anécdotas y efectuar comentarios, normalmente contados con gracia, que resultan un añadido enriquecedor de la procesión. Cuando tengamos un libro de mano de nuestras procesiones, no una simple guía, el libro será el complemento adecuado de la procesión, pues podrá leerse en gran medida al paso de ella, pero seguro que no dejará de ser un mero sucedáneo de los comentarios sabrosos de un cartagenero, de cualquier cartagenero.

UNA SEMANA SANTA ANTICIPADA O PROLONGADA

Se ha dicho muchas veces, y se ha dicho con razón, que el cartagenero vive intensísimamente la Semana Santa, pero que, pasada la misma, cae nuevamente en su tradicional estado de

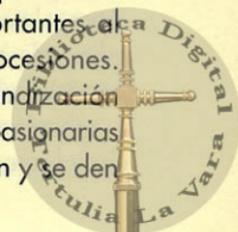




indolencia, del que sólo sale tras escuchar durante la llamada los primeros redobles del tambor. Que sólo unos pocos, demasiado pocos, mantienen encendida todo el año la llama del trabajo y una ilusión perenne por aprovechar los trescientos sesenta y cinco días del año en beneficio de nuestras procesiones. Así ha sido en efecto.

Pero quiero dejar constancia en este mi pregón de que esto ya no es así, o al menos no es así en la proporción en que lo era hasta hace no muchas fechas. Hoy las Cofradías y los procesionistas que las integran se han dado cuenta de que el trabajo bien hecho no puede ser un trabajo discontinuo, que el engrandecimiento de nuestras procesiones requiere mayores cotas de dedicación y organización, y que la labor de todo un año siempre es más productiva que la tarea de unos cuantos meses. Pero además, ese trabajo no sólo se lleva a cabo en beneficio de las procesiones, sino que una parte muy importante del mismo está dirigido a revitalizar las Cofradías, que están ofreciendo a los hermanos unos cauces cada vez mayores y más amplios de vivir nuestra religión y profundizar en los bienes absolutos que ofrece a los creyentes, y consiguientemente en los valores que les son propios.

Por eso cabe hablar de una Semana Santa vigente todo el año, pues estas Cofradías que nacieron hace mucho tiempo con la finalidad primordial de catequizar al pueblo, mediante la organización de unas procesiones que representaran la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, hoy son conscientes de que deben ampliar sus cometidos con otras actuaciones tan importantes, al menos como la de organizar y echar a la calle las procesiones. Actividades de carácter social, cultural y de mayor profundización en lo religioso están siendo emprendidas por las Cofradías pasionarias cartageneras, y es de justicia que las mismas se pregonen y se den



a conocer a Cartagena, por su importancia intrínseca y porque enriquecen, y de qué modo, la vida ciudadana. Son de destacar la admirable labor que lleva a cabo la Cofradía Marraja en la Casa Hogar de Betania, donde son acogidos, cuidados y atendidos un número cada vez mayor de ancianos que no pueden permanecer en sus casas debido a dolencias más o menos ligeras, o a la soledad; o la recogida de juguetes que en Navidad la Cofradía California se afana en mejorar año a año, juguetes destinados a niños de familias en situación de necesidad económica; o la recogida de alimentos que promueven la misma Cofradía Marraja o la Cofradía del Resucitado a través de su Junta de Damas; o la actuación de colaboración de muchas agrupaciones con entidades de beneficencia de Cartagena, como las del Osculo, la Santa Cena, el Descendimiento o el Cristo de la Resurrección, por poner sólo unos ejemplos. Son todas ellas palpables muestras de asistencia social, fundamentada en el amor al prójimo.

Por otro lado quiero destacar la seriedad con la que se está trabajando en el campo cultural, prueba de lo cual es el cuidado exquisito en la conservación del patrimonio cofrade, herencia que recibimos de nuestros mayores y que estamos obligados a transmitir a las generaciones futuras, aumentado y enriquecido; o la preocupación porque los nuevos bienes que se integran en ese patrimonio respondan a las exigencias de calidad y valor que es tradicional en nuestras procesiones; o la actuación decidida en promover grupos de canto coral y de teatro, como han hecho los californios; o proteger y mejorar los archivos existentes; o la continuada edición de libros y revistas por Cofradías y Agrupaciones, en los que se profundiza en el pasado histórico de nuestras procesiones y se dan a conocer unas raíces tan importantes y de tanto calado en la ciudad y sus contornos. Todo esto es muy importante, y debe ser pregonado, como decía.

No significa esto que las procesiones sean hoy menos importantes, sino que el fiel de la balanza se ha movido en otra dirección a la que ha sido tradicional en las Cofradías, y creo sinceramente que es un acierto de las mismas comprender que en una sociedad que ya no es la de antaño, inculta en gran medida y sobre la que la Iglesia conservaba desde el Antiguo Régimen resortes de control o dominio, a los que la propia Iglesia renunció después del Concilio Vaticano II y, sobre todo en nuestro país, a partir del período de transición, decía que ha sido un acierto de las Cofradías comprender que en la sociedad actual la tarea catequística en la calle debe ceder ante otras necesidades sociales que son nuevas y requieren nuevos campos de actuación. Se trata de colaborar con la Iglesia en las tareas que ésta tiene ahora como ineludibles. La nueva evangelización que necesita nuestra sociedad, adormecida según entiendo como consecuencia no deseada del tremendo nivel de bienestar económico alcanzado y la errónea creencia de que el hombre se basta a sí mismo, debe venir de la mano de una búsqueda del interior del hombre mismo, ofreciéndole lo que necesita para que vuelva a descubrir a Dios. Por eso resulta meridianamente esencial favorecer la vida cristiana de los cofrades en actos de culto, pero también mediante la participación en actuaciones de caridad y de compromiso, como lo son todas esas obras de contenido asistencial que las Cofradías hemos visto que tienen emprendidas; y mediante la profundización en la vida religiosa, como lo es la preparación de los cofrades y sus familias en la recepción de sacramentos, cuyo ámbito propio ha sido el de las parroquias, pero que ningún inconveniente existe para que las Cofradías incidan en este campo, buscando la consecución no sólo de los fines que hasta ahora les han sido tradicionales, sino también, como finalidad muy importante, una profundización en el conocimiento mutuo entre los cofrades, y ofrecerles la posibilidad de actuar conjuntamente en parcelas de



gran sentido cristiano, como las que arriba he apuntado. Esta es una senda recientemente emprendida en la que se debe continuar y perseverar.

Pero además hoy la sociedad española se encuentra en una situación desconocida y sorprendente, por lo novedosa y por el hecho de que la misma puede borrar o al menos desfigurar los rasgos de nuestra sociedad. Se trata de la inmigración, un hecho al que las Cofradías deben también ayudar a la Iglesia a dar respuesta. Esta gran cantidad de personas que llegan a Cartagena desorientadas y ansiosas por prosperar, de las que muchas de ellas comparten nuestra fe, necesitan una acogida espiritual, de la misma manera que precisan ayuda material, ésta a cargo de las administraciones públicas y otras organizaciones, cuyo concurso, igualmente necesario y muy importante, suele adolecer de cierta frialdad en la relación personal, falta que puede ser suplida, según creo, por nuestras Cofradías, que como grandes familias que son, pueden dar acogida a estas personas y comunicarles esa fortaleza espiritual que ofrece la fe en momentos de dificultad, tan necesaria para sobreponerse a la situación de desarraigo y subsiguiente tristeza por la que atraviesan. Se trata de un campo de actuación nuevo, pero de una importancia capital, en el que habrá que empezar a operar, y estoy seguro que las Cofradías no van a dejar de estar donde deben. Por otro lado, creo sinceramente que el trabajo desinteresado en este campo proporcionará sin duda en un mañana no muy lejano, frutos en forma de mejora de las mismas procesiones.

Por todo ello creo en una Semana Santa duradera toda el año, anticipada o prolongada, según dije, entendiéndola en un sentido impropio, como período en el que actúen nuestras Cofradías y Agrupaciones, que si hasta ahora encaminaban su trabajo y sus



desvelos a las procesiones, ya están extendiendo su actuación a todo el año, con fuerza y valentía, rasgos que han caracterizado a los mejores cristianos a lo largo de la Historia.

YA NO HAY CALIFORNIOS NI MARRAJOS

Así intitulaba nuestro recordado Isidoro Valverde uno de los capítulos de su insuperable obra "Cali o Marra". Como sin duda muchos recordarán, esa aseveración la hacía ante la contemplación de la ayuda mutua que los procesionistas se prestan, con independencia del color, en caso de lluvia. Pero a mi me ilusiona poder referirla a toda la vida procesional, y, por descontado, no circunscribirla sólo a los cofrades encarnados y morados, sino también a los blancos y a los negros.

Claro está que no se trata de que nuestras antañonas cofradías se fusionen o unifiquen, sino que adopten los mismos puntos de vista a la hora de trabajar por las procesiones, y empujen en la misma dirección cuando de conseguir metas, en beneficio de ellas, se trata. Y yo entiendo que no sería buena ni deseable una total uniformidad, pues lo que es diferente, así debe mantenerse, y además las características propias deben conservarse, aunque sólo sea por el respeto a la tradición, lo que no es poco.

A mí me satisface comprobar que si en algunos momentos reinó entre las cofradías el enfrentamiento y la separación, hoy esos sentimientos se han trocado por los de cooperación, comprensión y confianza mutuas, pilares que estimo imprescindibles para que nuestras procesiones, y la Semana Santa de Cartagena en suma, pueda prosperar y situarse definitivamente entre las mejores de



España. No se olvide que está cerca la declaración de interés turístico internacional, y esta meta tan largamente ansiada nos va a exigir a todos ponernos manos a la obra en tareas de complemento de la Semana Santa, no propiamente procesionales, que habremos de abordar todas las Cofradías de manera mancomunada.

Por eso es tan importante que todos los cofrades tengan clara, no sólo su pertenencia a su agrupación y cofradía, sino también su vinculación con nuestra Semana Santa, que no es la mera suma de las Cofradías, sino la representación o plasmación de Cartagena toda en esta parcela pasionaria. Puede que sea difícil hacer comprender esto que digo a los más jóvenes, pero es responsabilidad de quienes por experiencia tenemos ya otra visión de las cosas, hacérselo ver, y sobre todo, hacer anidar en sus corazones esos sentimientos de pertenencia a una entidad superior, que no es sino, como digo, la misma Cartagena y su Semana Santa, que se resiente en casos de desunión e interés contrario.

El propio Isidoro Valverde, y más recientemente José Monerri, con sus respectivos gracejos, pedían el sentido comunitario y la unidad, respectivamente, entre las cofradías, deseo al que yo me uno ahora, no sólo por imperativo de seguimiento a los maestros, sino sobre todo, porque llevaban razón. Y para que ese sentido comunitario se afanzara y consolidara, Valverde pedía que en determinadas ocasiones especialmente conflictivas se produjera un incremento de las lluvias, eso sí, repartidas equitativamente entre unos y otros.

Por cierto, a Isidoro le pido su intercesión para que no llueva esta Semana Santa, porque mano, allí donde está, seguro que tiene. Y a Pepe no le pido su intercesión, libreme Dios, lo que le pido es un total y pronto restablecimiento.



LOS MOMENTOS EMOTIVOS

Hay momentos durante la Semana Santa, con la procesión en la calle o no, que los cartageneros los tenemos metidos tan dentro que forman, utilizando una terminología informática muy al uso, nuestro disco duro de vivencias, sentimientos y emociones, auténtica entraña sin la cual nos desnaturalizaríamos, es decir, no seríamos lo que somos.

Vamos a hacer un recorrido por esos momentos, sin mayores pretensiones que las de compartir unas vivencias que sin duda nos son agradables y cerciorarnos de que nuestro disco duro sigue inalterado, sin virus perturbadores ni, lo que sería peor, desnaturalizadores. Pero tengo que advertir que, como todos comprenderán, esta es materia sometida a fuertes dosis de subjetivismo. Mi tesis consiste en que en un alto porcentaje, todos apreciamos estos momentos y las emociones que en ellos nos embargan. Sólo al final, cada uno habrá comprobado, mediante la oportuna introspección, si aquella proposición alcanza el valor de verdad demostrada.

Quiero comenzar por referirme a la recogida de la procesión. Me dirán que apuesto sobre seguro, y así es, pues ello me dará moral para sucesivas propuestas. La recogida de la procesión es un momento sublime por dos motivos. En primer lugar porque se canta la Salve a la Virgen, esa oración, no ya colectiva, sino multitudinaria, que pone los pelos de punta y nos reafirma en nuestro cariño a la Virgen María, cualquiera que sea la advocación preferida. Y en segundo lugar, porque se pone el broche a una procesión con su corolario de que queda una procesión menos. Llevamos la cuenta de la Semana Santa que aún queda, y por eso la recogida de la procesión del Resucitado resulta, al margen de su tremenda carga





Biblioteca Digital
Herencia La Vara

emotiva, especialmente descorazonadora y frustrante. Yo desde tiempo inmemorial detesto los domingos por la tarde, pero la palma se la lleva el Domingo de Resurrección por la tarde ¿Se han dado cuenta de la rapidez con la que recogen las sillas?

A mí, como californio, me embarga el Jueves Santo por la noche, a la recogida de la procesión del Silencio, un sentimiento de deber cumplido, y de fin de una etapa, pero no es un momento triste, nunca ha sido un momento triste. Por el contrario, me alegra y me consuela saber que queda todavía Semana Santa para rato, y me apresto a vivirla con ilusión. Comprendo que el sentimiento de un marrajo esa noche sea distinto, por fuerza tiene que ser diferente, y entiendo el afán por echarse a la calle cuanto antes, por demostrar la propia presencia y las ganas por tomar el protagonismo y elevar nuestra Semana Santa a niveles inmarcesibles en el día señero.

Intento ponerme también en la piel del hermano del Resucitado, y qué espera sin fin a partir de Miércoles, Jueves y Viernes Santo. ¿Cómo conjugará la evidencia de que la Semana Santa se va, se acaba, con la ilusión por aportar el propio esfuerzo y el deseo de colaborar en una obra común, nuestras procesiones, lo que año tras año consigue a última hora dignísima e insuperablemente? Y de la misma manera, pienso en el cofrade del Cristo del Socorro, echando la vista atrás cuando la Semana Santa se encuentra en su cenit, sintiendo que su aportación queda ya lejana y como perdida en el tiempo, cuando en realidad la misma ha tenido lugar no hace más de una semana, sentimiento que sin duda deriva de la intensidad con la que se viven todos y cada uno de los momentos de nuestra Semana Santa.

¿Acaso no resulta muy especial el paso de todos y cada uno de nosotros, durante la procesión, por delante del templo de nuestro



Patrona? ¿No deseáis, como yo deseo, que en ese momento la procesión haga una de sus paradas para musitar con cierta tranquilidad una oración, que de todas maneras se nos escapa aunque sigamos andando?

Resulta especialmente emocionante encontrarse en el interior de Santa María de Gracia cuando se abren las puertas para la salida de la procesión, y ver al gentío abarrotando la calle, expectante, los ojos abiertos y el deseo de contemplar la belleza y el arte deambulantes. Es el mismo sentimiento que se experimenta cuando, estando en tu hilera de penitentes, a la salida de la procesión, el trono que antecede sale y dobla en dirección a la calle del Aire, y entonces todas las miradas se concitan en lo que viene a continuación, que es uno mismo y los compañeros de penitencia. Los pelos se ponen de punta y la máxima preocupación es no cometer errores, que por descontado nunca serán intencionados. Un padrenuestro y a la calle.

¡Oído!, alguien canta una saeta. El sonar destemplado del tambor se dulcifica y se atenúa. Un silencio respetuoso se impone. Esas notas fuertes, mudas, nos presentan la imagen de Cristo de manera más desgarradora, y un amor infinito nos acerca a María. La calle del Parque, la Serreta, la Caridad, lugares tradicionales de saeta de una Cartagena en el recuerdo, casi en el olvido.

La antítesis, el aplauso, nuestro aplauso. Cuando uno siente que debe manifestar la aprobación, brota con naturalidad el aplauso. El cartagenero no es persona de interioridades. Necesita comunicarse, dar a conocer sus sentimientos. Y este aplauso que el cartagenero no se recata en ofrecer no representa la manera de recompensar el esfuerzo y el bien hacer de los procesionistas, ni siquiera es



demostración del orgullo que siente por algo que considera muy suyo, como son las procesiones. Este aplauso es la manera que tiene el cartagenero de participar en el desfile, de identificarse con él, con ese magnífico espectáculo que se le ofrece ante la vista y el oído. ¡Cuántas veces habremos deseado, ante el paso cadencioso de un tercio, ante el desfile airoso de los granaderos o judíos, premiados con un sentido aplauso, ocupar nosotros un lugar imaginario entre quienes inundan nuestras retinas!

Estos son unos pocos ejemplos de momentos especialmente emotivos, según creo, para los cartageneros. Y para terminar este recorrido quiero retrotraerme a hace años, y os pido que os situéis, por ejemplo, a mediados del siglo XIX, quizás no haga falta tanto, y las primeras décadas del siglo XX sean suficientes para recrear la intensa emoción y por qué no decirlo, el nerviosismo de los procesionistas cartageneros, esperando ansiosos la celebración, el miércoles de ceniza, de los respectivos cabildos de californios y marrajos. Ahora estamos en época de seguridades económicas, y ni se nos pasa por la cabeza que las procesiones dejen de salir un año por falta de dinero, pero eso era una losa en la mente de los procesionistas de todas las épocas, como los más veteranos sabéis. Os pido, pues, que penséis en los jóvenes cofrades de entonces, deseando vivísimamente que hubieran procesiones, pero con el alma en vilo esperando la decisión del cabildo, que podía ser afirmativa, pero también negativa, como lo fue en muchas ocasiones. ¡Qué momentos de duda, de incertidumbre, y qué afán por preparar argumentos a favor de la salida, si las cosas pintaban mal! Y qué alegría en caso de que finalmente hubiesen procesiones. Como para echarse a la calle con música, abrazados y dando saltos.



EL EPILOGO

Debo terminar.

Querida Nazarena Mayor, querida doña Ascención, quiero públicamente felicitarle por el merecido nombramiento, pues siempre resulta merecida la distinción que trae su causa de la abnegación y el amor en el cumplimiento de las tareas de esposa y madre, abnegación y amor demostrados hasta la saciedad al favorecer con ellos la ilusión procesionista de su esposo Don Pedro Espinosa Molina y sus hijos Pedro José, Rafael y Carmen. Hemos ido compartiendo hasta ahora momentos muy agradables en estos días de Cuaresma, pero hoy nuestra emoción alcanza un momento culminante, y quiero que sepa que me siento muy honrado en compartir con usted esta Semana Santa de sensaciones fuertes, y recuerdos imborrables para ambos. Nuestra amistad surge por tanto con raíces duraderas y profundas.

Llegados a estas alturas, yo debo ser nuevamente agradecido a quienes me habéis dejado que haga este pregón, pero no ya por el honor y la distinción. Eso ya lo dije antes y no es cosa de repetirse. El agradecimiento ahora viene motivado por los buenos momentos que habéis conseguido que pase preparando estos folios, recordando, releendo, pensando en definitiva sobre algo tan querido. Momentos de emoción intensísima que en más de una ocasión me han impedido continuar escribiendo. Gracias desde lo más profundo de mi corazón.

La Semana Santa, queridos cartageneros ausentes, ya está aquí. ¿Es que no vais a venir? Mirad que lo tenemos todo preparado, que hemos trabajado un año entero pensando en vosotros, porque sabemos que esta visita primaveral es el hálito que os mantiene con

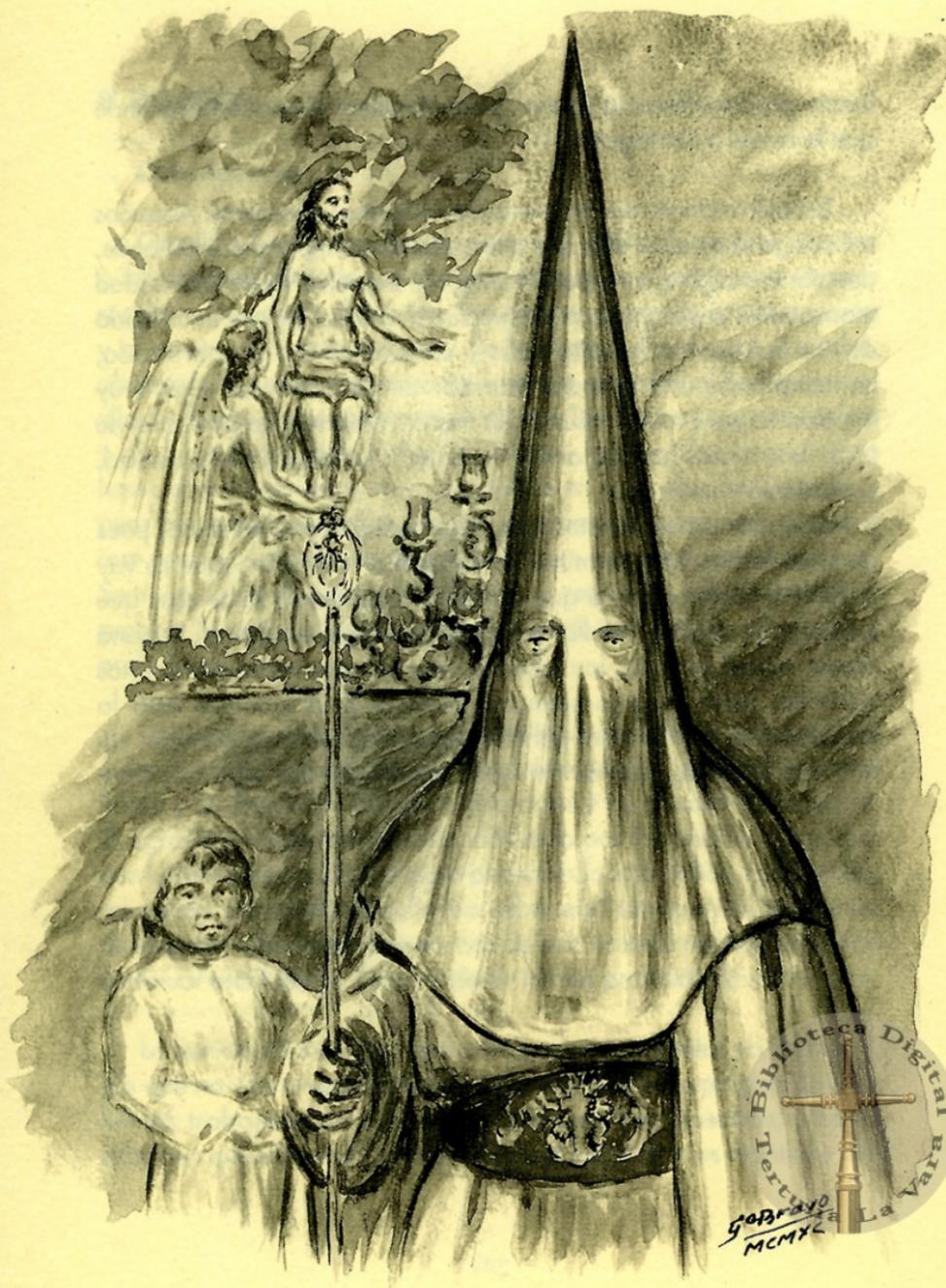


fuerza para conllevar la lejanía, para alimentar el cariño tan grande que le tenéis a Cartagena.

También reclamo vuestra presencia, visitantes y forasteros. Acercáos a Cartagena en estos días que ahora comienzan, porque si lo hacéis, descubriréis algo que no podéis imaginar siquiera. Veréis una ciudad monumental engalanada para recibirlos, disfrutaréis con la acogida de sus habitantes, hospitalarios y comunicativos, y, sobre todo, contemplaréis una manera peculiar de conmemorar algo muy importante para todos nosotros, la Pasión, Muerte y Resurrección de N.S. Jesucristo, hechas arte y belleza, tradición y religiosidad, sentimiento y emoción.

Queridos procesionistas, queridos cartageneros en suma, pues en estas fechas estos términos se solapan y coinciden, ¡qué os voy a decir a vosotros!, sino que disfrutéis y saboreéis estos días que tenemos por delante. Vividlos con alegría, aunque estemos en Semana Santa. Mirad, tenemos la dicha de creer en unas verdades que nos permiten estar alegres siempre, pues al final siempre está la Resurrección, anhelo entre anhelos, esperanza entre esperanzas. Un año más Dios nos permite vivir una Semana Santa, ergo laus Deo.



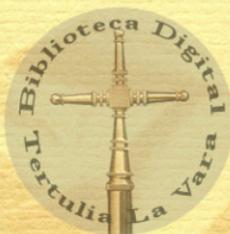


Biblioteca Digital
Tercera Vara
Gobernador
MCMXX



CAM

Caja de Ahorros
del Mediterráneo



OBRAS SOCIALES